

concurso.  
Viernes, 8-10-1983

# Hablemos de las Turbas

Uno de los atractivos turísticos, tal vez también un fenómeno sociológico popular, que nos ofrecen las manifestaciones cívico-religiosas de nuestra Semana Santa, son las denominadas Turbas, que no son otra cosa que una forma de sumarse el pueblo, de identificarse hasta hacerse parte de la representación del drama universal, tomando el papel de plebe airada contra Cristo. En un principio, los turbos eran tenidos, y tal vez lo fueran, como penitentes, como gente que bajo promesa se presentaba ante el público como dignos de repulsión. Luego ya se sumaron otros que sólo trataban de mejorar la estampa, más tarde hermandades y cofradías aportaron más cantidad, y, por fin, las Turbas se convirtieron, por obra y gracia de una falta de educación y una soñra de gamberrismo, en un alarde de ganas de estropearlo todo, aun lo más sagrado para muchos.

Beber vino, romper botellas, ensuciario todo y convertir un acontecimiento popular en una orgía, es además de innoble, todo un exponente de lo que muchos llevan dentro de basura. Yo no sé si en todo ello habrá ribetes políticos, creo que no, pero si los hubiera el suceso de la masa de borrachos sería descalificatorio para los representantes de cualquier ideología. Un suceso que bien pudiera ser, ya lo es, de atracción turística o de espantaturistas. Pero ¿cómo darle al problema su exacta

medida y su verdadera función?

He oído numerosas soluciones y en verdad que yo no sé con cuál me quedaría, pero vale la pena decir siquiera algunas entre las que elegir. Que se limite el número de licencias ya la persona que actúe sin ella se la entregue a la policía y sea retenido hasta después de la procesión. Que se cree una especie de antiturba o cuerpo de capataces que controle la acción de los turbos. Que las turbas se reglamenten como una hermandad o cofradía aparte, con la correspondiente aportación dineraria. Que se suprima la libación antes de la procesión de la mañana. Que al borracho cogido con el estómago vaporizado se le aplique una multa que le enseñe a ser respetuoso con las creencias de los demás. Que se establezca un cinturón de seguridad para los banceros a cargo de los capataces, etc, etc. Lo que es necesario absolutamente es que se acabe con un espectáculo que no sólo resulta grosero en alto grado, sino que puede dar al traste con una de las características más típicas de nuestras procesiones semanasante-

ras. Esto hay que tomarlo muy en serio, amigos.

Tan en serio que a las Turbas vuelven a ser lo que fueron, o tememos degeneren en una bufonada capaz de arrastrar a la desaparición a lo que tenemos como un preciado tesoro de nuestra tradición religiosa. Y esto sería, y parece que no a primera vista, un golpe más para la ya muy «sonada» Cuenca. Cada cual haga su particular examen de conciencia y vea lo mejor para el futuro, vale la pena.

Y hablando de otras cosas, os decía el otro día que había encontrado muy sensibilizada en política, muy politizada a Cuenca. Y conforme voy cambiando frases con las gentes, me afirmo más en ello, y lo lamento, porque ni en Valencia he notado tanto el fenómeno, ni en otras partes. Que Cuenca ha sido un reducto derechista es innegable, pero que ahora que esas derechas han perdido una votación, se saque punta a todo a través del prisma político, me parece un error craso, ya que entonces, si un día vuelven a ganar las elecciones, todo lo que digan las derechas

ahora puede revolverse contra ellas mismas.

¡Y se dice cada cosa! También se meten con el periódico. Una señora decía ayer mismo a una persona muy allegada a mí, que «cómo se nota que DIARIO DE CUENCA ha cambiado de mano, pues han dejado de escribir en él plumas de siempre y hasta Andrés Gallardo ha sido relegado a un segundo plano revuelto con anuncios en páginas que no son las de más relieve». Respecto de los demás que han escrito en nuestro periódico, ni se por qué no escriben ahora, eso es cosa de cada uno de ellos, y en cuanto a mi modesta colaboración, como nadie me dijo que dejara de escribir, sigo escribiendo, acaso sea una gentileza hacia mi persona por eso de ser el único fundador del periódico que sigue con vida. En cuanto al lugar en que mis escritos aparecen en el diario, cosa es de la dirección y nadie, ni yo mismo, es quién para meterse a dar consejos sin autoridad alguna ¿vale? Seguiré manteniendo mi independencia, como hice antes de Franco, con Franco, después del Caudillo, antes de la Constitución, después de ella y ahora con el cambio. Hay cosas a las que no puede uno renunciar. Y dejémosnos de criticar y ayudemos a Cuenca, que lo necesita mucho, sea quien sea el que gobierne ¿vale amigos? Pues eso.

Andrés GALLARDO